

EL VALOR DE UNA LÁGRIMA

ANTONIO OROZCO
ARVO.NET, 15.09.2011



*«Si un día el dolor llama
a tu puerta no se la
cierres ni se la
atranques: ábresela de
par en par, siéntalo en el
sitial del huésped
escogido, y sobre todo
no grites ni te lamentes,
porque tus gritos
impedirían oír sus
palabras, y el dolor
siempre tiene algo que
decirnos, siempre trae
consigo un mensaje y
una revelación»
(Salvaneschi,
Consolación).*

Una capacidad inmensa de sufrir

¿Qué revelación, qué mensaje es ése que nos trae el dolor? En la respuesta quizá se encuentre la llave que abre la puerta de la *felicidad posible* en este mundo, en el que, tarde o temprano, todos andamos inmersos en algún dolor. Dolor y felicidad aparentan ser de imposible conciliación. Ciertas experiencias permiten plantear otra cuestión: ¿podrá nacer la alegría del dolor y del dolor la alegría, convivir juntos, nutriéndose uno al otro? Tal vez no sepan o no puedan vivir separados en este mundo. Sin duda quien más sabe de este misterioso asunto es María Santísima. Nadie como Ella ha seguido tan de cerca los pasos de su Hijo, Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, que hace veinte siglos empapó con su Sangre nuestra tierra.

Si nos situamos en los ojos de la Madre, en su mirar captaremos algo del misterio. Pero antes debemos sortear un escollo: la tendencia a pensar que Jesús y María eran insensibles; que a ellos no les dolía tanto como a nosotros lo que nos hace sufrir: ¡como Jesucristo es Dios y santísima su Madre...!

Santo Tomás de Aquino asegura que Cristo estaba dotado de un cuerpo perfecto, formado por el Espíritu Santo, y las cosas hechas por milagro son más perfectas que las demás. Recuerda como ejemplo el vino de las bodas de Caná. Por ello tuvo Jesús una sensibilidad exquisita en el tacto, de cuya percepción se sigue el dolor. También en su alma con sus facultades inferiores, percibió eficazísimamente todas las causas de tristeza. A esta consideración se añade que Cristo tomó libremente dolores proporcionados a la grandeza del fruto que de ellos se había de seguir. Y así -concluye Tomás- «el dolor de Cristo fue el mayor de todos los dolores».

Los corazones de Jesús y de María eran de carne como la nuestra. Sentían y amaban a nuestro modo, aunque sin las mixturas extrañas de la concupiscencia desquiciada. El Corazón de Jesús y el Corazón de María fueron sumamente

sensibles para sufrir de veras. Sin duda, les herían un sinnúmero de eventos grandes y pequeños que menudeaban en torno suyo. El ámbito en el que vivieron tantos años en el mundo, no era, ciertamente, un paraíso. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?», se decía. La sensibilidad exquisita de María, su finísimo tacto espiritual, debió de ser para Ella fuente de continuo e íntimo sufrimiento, velado por su habitual sonrisa.

Tendía a discurrir, a *sopesar* las cosas, a *ponderarlas* en el corazón, poniendo en juego sus excelentes facultades a la luz de la fe. Ciertamente, lo más grave que existe es la realidad del pecado; un peso que apelmaza, que gravita sobre toda criatura humana que pisa este mundo, excepción hecha de Jesús y María. A pesar de ello, con un poco de fe y un poco de amor a Jesucristo, sufrimos cuando vemos que se le maltrata, en ocasiones de un modo blasfemo. Nos duele ver cómo se injuria al sacerdocio, el matrimonio, la familia, la vida incipiente, la vida terminal o discapacitada, en fin, las leyes de Dios. Cuanto más santa es una persona, tanto más sufre en este mundo tan mimado por Dios y tan machacado por los hombres. ¡Cuánto sufriría el Corazón de María en su andar terreno! Asomarse a su hondura causa un cierto vértigo. Su dulcedumbre enamora. Contemplantarlo lleno de dolor estremece.

Siendo Madre de Dios hubo de alcanzar un extremo de amor inimaginable. Cuántas veces exclamaba «¡Hijo mío!», siendo su hijo, Dios; y Ella, una mujer. Dotada de sensibilidad única, por encima de su amor sólo se encuentra el humano de Cristo y el divino de Dios. Una madre ama tanto más a su hijo cuanto más perfecto es -bueno, simpático, guapo, cariñoso, alegre...-, aunque los feos y adustos llenen también un corazón materno. Cada hijo tiene su encanto, su bondad patente a los ojos de la madre. El Hijo de Santa María era sencillamente perfecto: perfecto Dios y perfecto hombre. Reunía en sí toda perfección humana y toda perfección divina. Era la Persona infinitamente amable. Toda la capacidad de amar que poseía la Virgen, toda entera estaba como en pie, en acto, en juego, hasta donde ya no se podía más. Escribe Gabriel y Galán:

¿Puede tu mente alcanzar

ni en sueños puede haber visto

lo que la Madre de Cristo

pudo a Cristo Dios amar?

No es posible imaginar -por su inmensidad- la magnitud del dolor de María junto a la Cruz. Su Hijo moría con el mayor dolor posible, con la más cruel de las muertes; siendo la Inocencia, cargaba sobre sí los pecados de la entera humanidad. Con la más pura santidad, el Verbo humanado asume -en expresión de Juan Pablo II- «el rostro del pecado». ¿No vale un parón esta súbita imagen? ¿No merece siquiera una lágrima?

Al presentarnos a la Madre Dolorosa junto a la Cruz, Juan manifiesta que María se implica, con su entrega sin reservas, en los sufrimientos de su Hijo en aquella hora suprema. Cuando es de amor el dolor, tan grande es el dolor como el amor. Si la Virgen es *la Llena de Gracia*, llena de Amor, junto a la Cruz, es también *la Llena de dolor*. Sufrir, a su manera, todo lo que su Hijo sufre. Sufrir más que si padeciera mil muertes; muchísimo más que si fuera Ella la que estuviera enclavada. Estaba, como afirma León XIII, «muriendo con El en su corazón, atravesada por la espada del dolor».

Corredentora con Cristo

Romanos Pontífices han llamado a María *Corredentora*, aseguran que «juntamente con su Hijo paciente y muriente, padeció y casi murió». Abdicó de los derechos maternos e inmoló a su Hijo, en cuanto de Ella dependía, por la salvación de los hombres. Justamente se dice que redimió al género humano juntamente con Cristo. «*Stabat Mater...*, estaba junto a la cruz de Jesús su Madre» (Jn 19, 25). Y ha de escuchar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mc 15, 45). ¿Qué podía hacer Ella? Fundirse con el amor redentor de su Hijo, ofrecer al Padre el dolor inmenso -la espada afilada- que traspasaba su Corazón puro. No se rebela, no protesta, calla. Con su silencio proclama del modo más elocuente que, por amor a nosotros, ofrece del todo identificada con la Voluntad del Padre, a Cristo Jesús. En lo que de Ella depende, lo entrega, lo sacrifica; aplica su entera voluntad al gran acontecimiento.

¿Por qué aceptó María aquella tortura? ¿Qué le amordaza, qué la mantiene en silencio? La respuesta es: «movida por un inmenso amor a nosotros, ofreció Ella misma a su Hijo a la divina justicia para recibirnos como hijos». El porqué del inmenso dolor de María es éste: nosotros. Por nosotros muere Jesús y por nosotros sufre María. Engendró a Dios y le dio a luz con gozo inmenso, pero sufrió el parto más doloroso en el Calvario para -en comunión con su Hijo- hacernos hijos de Dios e hijos suyos.

«Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn 3, 16). De modo análogo podemos decir: tanto nos amó María, que nos dio a su unigénito Hijo, para que los demás podamos participar en su eterna gloria.

La Virgen Madre une a la Pasión de Cristo -enseña la Teología- su «*Compasión*»: a la Sangre de su Hijo, une sus lágrimas de Madre. Ella también merece, satisface, sacrifica y redime, de modo subordinado y dependiente, pero real. Aunque el mérito de María sea diverso al mérito de Jesús, nos ha merecido lo mismo que nos ha merecido Cristo: no sólo la aplicación o distribución de las gracias, sino las mismas gracias, por la supereminente santidad que poseía y por la tan perfecta *compasión* que sufrió en la cumbre del Calvario. Lo inmenso de su caridad, la dignidad de sus actos satisfactorios, la magnitud de su dolor, nos revela toda la excelencia de su satisfacción. A quien objetase que a una satisfacción por sí misma suficiente, más aún, de infinito valor -como es la de Cristo-, no se puede añadir otra satisfacción, se respondería que la satisfacción de María *no se suma* a la de Cristo para aumentar el valor infinito de ésta, cumple la ordenación divina, que ha dispuesto libremente que el Nuevo Adán, Cristo, incorpore a su sacrificio redentor el de la Nueva Eva, María.

Corredentores

No ha de sorprender que se llame a la Virgen, *Corredentora*; no debe temerse el uso de palabra tan expresiva y justa. En rigor, aunque de modo mucho más modesto, todos estamos llamados a ser *corredentores*. San Pablo manifiesta a los Colosenses que él se goza en sus padecimientos (*in passionibus*) por ellos, ya que así cumple en su carne lo que falta (*ea quae desunt*) a los padecimientos de Cristo, por su Cuerpo que es la Iglesia. Participar en la Redención, cooperar en la santificación del mundo, llevar a Dios todas las cosas, salvar almas para la eternidad: no hay tarea más urgente y superior. Más aún, tal como están las cosas, ¿cabe otra tarea? Para los ojos de fe la respuesta es clara. El verdadero horizonte del cristiano es la obra de la Redención. Cualquier otra finalidad última supondría

un voluntario, triste e infinito estrechamiento del horizonte personal.

El valor de una lágrima

Centremos ahora nuestra atención en el *modo* sublime de corredimir que tiene la Madre de Dios junto a la Cruz. Su rostro bellissimo esta bañado en lágrimas. Cada una de éstas posee un valor incalculable. Vale la pena ponderarlo hasta donde nos sea permitido en tan breve espacio y con tan limitada inteligencia. Es sólo un apunte, para que cada uno vaya completando en su meditación el tratado.

Si la maldad del pecado es siempre infinita, por serlo la dignidad de Dios ofendido, también ha de ser en cierto modo infinita una lágrima derramada por amor al gran Amor crucificado. Es lógico que sea así - por pequeña que sea la criatura -, si es Dios quien la otorga y Dios quien la recibe.

Qué bueno, qué, grande, qué humilde es Dios que -hecho Hombre- se clava en una Cruz para que sus criaturas podamos llorar por El, y limpiar con su Sangre y nuestras lágrimas, nuestras ofensas. ¡La criatura *compadece* a su Creador!. Humildad de Dios y humilde llanto de la criatura. Quien primero y mejor lo ha hecho es María Santísima. Y «si vale más una lágrima derramada en memoria de la Pasión de Cristo que hacer una peregrinación a Jerusalén y ayunar durante un año a pan y agua» (san Agustín), ¿qué no valdrán las riquísimas lágrimas de María junto a la Cruz?

Cuando las lágrimas del dolor son mansas, serenas, discretas, medidas, entonces siempre son bellas: abrigan la convicción verdadera de que no todo ha de caer al fin en la nada; vibra en ellas la esperanza; son invocación, súplica al Todopoderoso, atento siempre al dolor humano, y más aún al de una madre; son aguas limpias que purifican el alma que escucha el eco de la palabra de Cristo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Lc 6, 4).

Cuando es de amor el dolor -o la alegría- de una lágrima, resulta la más preciosa perla del sentimiento. Y si es divino el amor del que surge, entonces una lágrima sola supera la dimensión temporal, la condición efímera de los acontecimientos y las cosas, y toca ya, con el vértice del alma que la destila, la eternidad. En ella se adensa -con el dolor o la alegría- el Amor.

Así son las lágrimas de la Madre de Dios. ¡Bendito aquel suelo, o aquel pañuelo que supo acogerlas! Bendita aquella tierra en la que se fundieron la Sangre de Dios y las lágrimas de su Madre. ¡Quién pudiera besarla! Pero ahora mismo, aquí mismo, podemos también nosotros derramar una lágrima en memoria de la Pasión de Cristo: una lágrima grande, oculta en el corazón, semejante a las de la Virgen Madre.

Nosotros tenemos motivos análogos para llorar, y otros. Porque la causa de aquel llanto -por el dolor de Jesús- son nuestros pecados. Es preciso aprender a llorar en nuestros adentros, ante la Cruz. Dante aseguraba que una *lacrimetta*, una lagrimilla basta para salvar un alma. El Crisóstomo afirma que «un suspiro que exhales, una lágrima que derrames, El lo arrebatara al instante para tener un pretexto de salvarte». Es aquel punto de contrición que puede dar a un alma la salvación por toda la eternidad.

Llorar, con esas lágrimas que destila el alma cuando hay amor y hubo ofensas, es dignidad del hombre y *debilidad* de Dios. Cualquier impureza que en el alma se pose, si se sabe rodear de una lágrima, se transforma en perla, cuyo valor se cifra en la densidad y transparencia del amor.

Ojalá no pase un día sin derramar siquiera una lágrima en memoria de la Pasión de Cristo. Es el camino de la resurrección gloriosa.

* * *

Del libro **Antonio Orozco Delclós, *Mirar a María***, Ed. Rialp, Madrid (2 ediciones castellanas, 5 mexicanas; versión inglesa: *Look up to Mary*, Manila 1989). Se conserva este capítulo en otro libro del mismo autor ***Aprender de María***, de 2010, en un contexto más rico y sugerente. Ver todo el cap. VII.

